

# ESTUDIOS FILOSÓFICO-JURÍDICOS SOBRE AMERICA

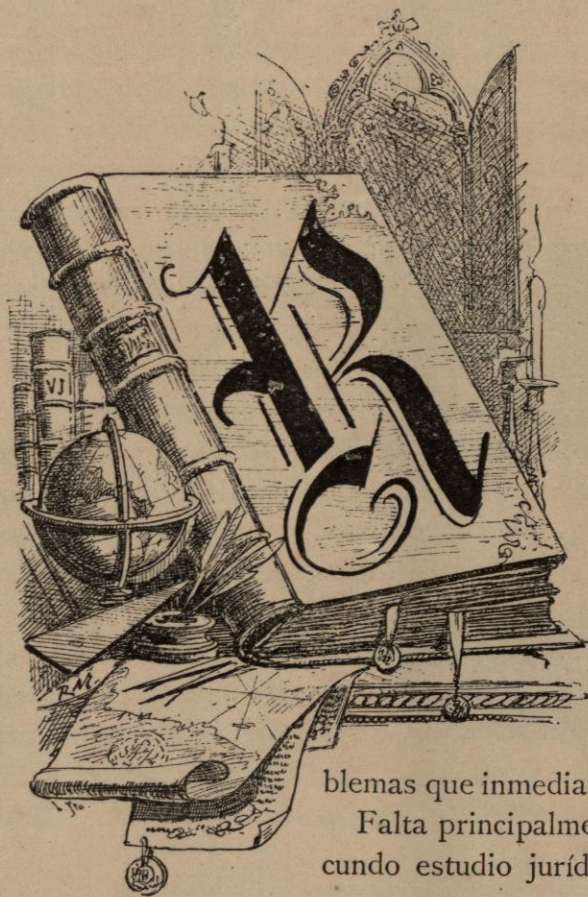
## ARTÍCULO PRIMERO

### SUMARIO

I. PROEMIO.—II. PROFECÍAS.—III. VISIONES.—IV. DATOS CIENTÍFICOS.—V. CONSIDERACIONES ETNOGRÁFICAS.—VI. RAZONES FILOSÓFICAS

### I

#### PROEMIO



REALIZADO por la fe y la constancia del ínclito y admirable Cristóbal Colón, bajo el noble y cristiano amparo de la insigne Reina de Castilla Isabel la Católica, el anhelado descubrimiento del Nuevo Mundo, este acontecimiento providencial dió y sigue dando ancho margen á multitud de cuestiones importantísimas; cuyo proceso no está concluído y mucho menos agotado, con relación á los problemas que inmediatamente afectan á nuestra heroica nación.

Falta principalmente, y hay que hacer, el interesante y fecundo estudio jurídico de América, desde su origen hasta este momento.

Me propongo efectuar ese estudio en una serie de monografías, en las cuales qui-

siera examinar la génesis del descubrimiento deparado á Colón por la Divina Providencia, esbozar la historia de las expediciones españolas á las Indias occidentales y su conquista verificada con perfecta legitimidad; discutir el nombre de AMÉRICA, injustamente dado al mundo colombino; determinar la influencia en éste de la Iglesia Católica, y señalar, con sus vicisitudes desde el principio hasta la actualidad, el estado de derecho que han tenido y tienen nuestras hermosas y codiciadas Antillas.

Acerca de estos temas, y algunos otros apropiados para el desenvolvimiento de la tesis americana, trato de discurrir, informado por la serena imparcialidad del historiador crítico, el espíritu de caridad del sincero católico y el puro sentimiento del escritor que se inspira solamente en su recta conciencia y su acendrado amor á España.

La ocasión presente no puede ser más propicia, pues en este año se celebra el cuarto Centenario del descubrimiento hecho por Colón, y todo aquello que con él se relaciona nos interesa de un modo extraordinario y solicita de nosotros una legítima curiosidad y una justa simpatía.

## II

### PROFECÍAS

En el *Predámulo* de su *Tercer viaje* dejó escrito el insigne navegante genovés lo siguiente:

«Yo, bien que llevase fatiga, estaba muy seguro de que ésto <sup>1</sup> no venía á ménos; y lo estoy de continuo, porque la verdad es que todo pasa, y no la palabra de Dios, que se cumplirá todo lo que dijo; el cual tan claro habló de estas tierras, por boca de Isaías, y en tantos lugares de su Escritura, afirmando que de España les seria predicado su Santo Nombre» <sup>2</sup>.

Además, en una carta que dirigió Colón desde la Jamaica en 7 de Julio de 1503, manifestó: «Que de España había de ir el que reedificase á Jerusalén»; he aquí sus palabras: «Hierusalem y el Monte Sion han de ser levantados por manos de cristianos; quienes han de ser, Dios por boca del Profeta, en el Salmo XIV, lo dice.»

Y el Abad Joaquín expresó de un modo terminante: «que había de salir de España el que debía reedificar la Casa del Monte Sion» <sup>3</sup>.

Colón podía, pues, con fundamento, creerse el descubridor anunciado por Isaías y el Abad Joaquín.

El ilustrado y respetable P. Ricardo Cappa, con sano criterio, hace observar que si

<sup>1</sup> El Descubrimiento del Nuevo Mundo.

<sup>2</sup> *Estudios críticos de la dominación española en América*, por el P. Ricardo Cappa, S. J., Parte I, tercera edición, página 18, nota.

<sup>3</sup> Este importante dato merece quedar muy bien establecido. En la obra citada, página 19, el P. Cappa reitera que Colón manifestó, en otra carta á los Reyes, inserta en *El libro de las Profecías*, que el Abad Joaquín, calabrés, dijo: *que había de salir de España quien debía reedificar la Casa del Monte Sión*.

Colón sabía todo lo que precede, cuando vino á España, ó durante el tiempo que en ella estuvo hasta que marchó á descubrir: ¿cómo es que practicó gestiones en Francia é Inglaterra—y aun en Portugal—para que de allá partiese el que en las tierras buscadas predicaría el nombre de Dios; contrariando así con sus hechos las palabras de la Escritura y el dictamen del Abad Joaquín? ¿Cómo había de tener fe en éste y en aquéllas, cuando abandonó á Granada para dejar á España en 1492?

Sobre esto no cabe duda; pues en una de las cartas que escribió á su hijo don Diego le dice lo siguiente: «Y es de dar priesa al señor Obispo de Palencia, el cual fué causa de que Sus Altezas hobiesen las Indias y que yo quedase en Castilla, *que ya estaba yo camino para fuera.*»

Otro tanto hay que considerar con respecto á que Cristóbal Colón debió desconocer, ó tener sus razones para no citar, la doctrina de Raimundo Lulio en sus *Quaestiones per artem demonstrativam solubilis*, acerca de existir un continente extendido á lo largo de Europa y África, cuando no adujo en Salamanca ni en Córdoba un testimonio tan concluyente y autorizado.

¡Enigma que no es posible descifrar! Porque á nadie es lícito invadir el sagrado de la conciencia y penetrar en el abismo de las intenciones del gran descubridor, fuera de que tampoco tenemos elementos de juicio suficientes para formar una opinión acertada sobre asunto tan delicado.

Pero es inconcuso que los hechos apuntados anteriormente no permiten controversia, y ellos bastan para arraigar la convicción, tan gloriosa para los españoles, de que les estaba reservado el Nuevo Mundo, el cual esperaba, muchos siglos hacía, la luz del Evangelio y la semilla de la civilización de los cristianos conquistadores de Granada. ¡Oh patria mía! En tu bendecido *Real de Santa Fe* tuvieron lugar las capitulaciones de aquella unión espiritual de dos genios, digno el uno del otro: Cristóbal Colón é Isabel de Castilla. Capitulaciones en cuya virtud se desposó con el Nuevo Mundo que había de cambiar la faz del antiguo, la virtuosa y eximia Reina, á quien—como dice un escritor católico—<sup>1</sup> cuesta trabajo no apellidar *Santa*.

### III

#### VISIONES

«La piedad, que no el interés, guió á Isabel la Católica al desprenderse de sus escasos recursos para equipar la flotilla de Colón <sup>2</sup>». Y compendiando la doctrina de un escritor del siglo pasado <sup>3</sup> consigna: Que el P. Acosta S. J. y los autores de la

<sup>1</sup> El Dr. D. Vicente de Lafuente, ilustre catedrático de la facultad de Derecho y rector de la Universidad Central: *Historia eclesiástica de España*, tomo II, pág. 476.

<sup>2</sup> Obra citada.

<sup>3</sup> El Fiscal Macanaz.

*Historia general de la Compañía* hacen ver que Dios por ministerio de los españoles llenó de milagros aquel Nuevo Mundo; que ellos redujeron, instruyeron y bautizaron á los indios y dispusieron las ciudades y hasta los menores lugares con una igualdad y simetría que causaban admiración, así como la riqueza de sus templos suntuosísimos, y que cuando llegaron allí los primeros jesuítas nada más encontraron que hacer sino la reforma de algunas costumbres.

El P. Nicolás del Techo, en su *Historia Paraguaria*, se expresa de esta suerte: «Dios creó el Nuevo Mundo y lo dió á los españoles para poblarlo, púirlo y polizarlo; y los españoles cumplieron en un siglo con uno y otro encargo, mejor que lo han hecho las naciones en este viejo mundo después de muchos:» En otro lugar añade: «Allá no se conoce más religión que la católica, porque donde domina el pueblo español sólo ella es observada; y el haber hecho nuestros padres tanto en tan corto tiempo viene de que cuando se trata de la extensión y conservación del Evangelio los españoles son pródigos en derramar su sangre.»

Continuemos estas citas. El P. Ovalle, en su *Relación de Chile*, dice igualmente: «Así que los españoles acabaron de conquistar aquel vastísimo Reino, siguiendo el ejemplo de Salomón que primero fabricó el templo de Dios que sus palacios, y estando ellos alojados en chozas de leña y paja, hicieron á Dios tan magníficos templos y los enriquecieron de tal modo que en Europa no había otros que les igualasen; y después de esto construyeron sus casas.»

Omitiendo otros textos que sería fácil aducir, el célebre Piedrahita, obispo de Panamá, en su *Historia del nuevo reino de Santa Fe* manifiesta lo que sigue: «Cuantos dijeron que la codicia de la riqueza á los españoles arrastró á ir al Nuevo Mundo, mintieron; y Bartolomé de las Casas, que era francés y en el siglo se llamó Casaus, el cual llegó á ser obispo de Chiapa, soñó fábulas é imposturas temerarias contra los españoles <sup>1</sup>.

Peró no son estas las visiones á que me quiero referir, sino á aquellas otras visiones materiales de algunos navegantes que vislumbfaron playas en el Océano occidental, antes del descubrimiento de Colón.

Á esta categoría pertenece la tradición de que los franceses divisaron en el siglo x la costa NE. de América <sup>2</sup>; siendo así que semejantes marinos, lejos de ir á explorar tales regiones, ignoraban seguramente su existencia; y por otra parte, no es cosa averiguada, ni aun verosímil, que la orilla dal mar cuya visión tuvieron los franceses del siglo x, fuera realmente parte del mundo de Colón.

En el *Periplo* de Hannon, que trae en los *Apéndices á la Historia de España*, se menciona el famoso viaje en torno del África hecho por los cartagineses, en el cual una de las sesenta naves que componía su flota fué separada de las demás y sus tri-

<sup>1</sup> *Historia eclesiástica de España* del Dr. D. Vicente de la Fuente, quien, concretándose al texto del obispo Piedrahita—tomado de Macanaz—dice: que algo de verdad hay en lo manifestado por éste acerca de Bartolomé de las Casas, aun cuando también hay exageración en lo que contra él acumula.

<sup>2</sup> Don Ramón Joaquín Domínguez, *Gran Diccionario clásico*, artículo *América*.

pulantes avistaron en dirección del O. una tierra desconocida; por cierto que, denunciado este hecho al Senado de Cartago, decretó el mismo que acerca del caso se guardase un absoluto silencio <sup>1</sup>.

Martín Behaim de Nuremberg, que navegó con los portugueses á mediados del siglo xv y construyó en 1492 un globo terráqueo, puso en él, cerca de los 330 grados de longitud oriental, dos islas y al pie de una de ellas: «que en 743 cuando España fué sojuzgada por los africanos, fué poblada la Antilla por un arzobispo de Oporto, otros seis obispos y muchos cristianos fugitivos de aquélla que llevaron sus rebaños y bienes.»

Era tradición muy antigua propagada por Juan de Müller, en el tomo II de su *Germania*, la de que con motivo de la invasión de los árabes, un arzobispo portugués y siete obispos habían huído á una isla llamada *Antilia ó Septentirada*, situada allende del gran Océano; la cual está marcada en el Atlas de Andrea Bianco, dibujado en 1436 y en todos los posteriores.

El citado Martín Behaim, en su globo, pone además otra isla llamada de San Brandano y dice: que un santo de este nombre el año 563 después de Jesucristo, arribó en una nave á aquella isla en que encontró muchas maravillas, y la abandonó después de siete años de residencia <sup>2</sup>.

El Sr. Rafa en la relación hecha á la Sociedad de Anticuarios del Norte establecida en Copenhague y en su obra *Antiquitatis Americanae*, sostiene que el descubrimiento de América se debió á los escandinavos, y que Bioru Keriulfson fué quien lo hizo en el año de 986. Da noticias de la geografía, hidrografía, producciones, historia natural y astronomía de esos países que supone fueron conocidos desde el siglo x.

Nada demuestra, sin embargo, que aquéllos fuesen el Nuevo Mundo de Colón, y antes bien debe creerse que eran otros, tal vez de las costas africanas <sup>3</sup>.

Con efecto; según Raimundo Lulio en *El Fénix de las Maravillas del Orbe*, los catalanes exploraron las costas africanas antes que los portugueses; dice así: «Un navegante catalán, D. Jaime Ferrer, había llegado en el mes de Agosto de 1346 á la embocadura del río del Oro, cinco grados S. del famoso cabo de Nón que el Infante D. Enrique se lisonjeaba de haber hecho que doblasen por primera vez los Navíos de Portugal en 1419.» Y en otro lugar de la propia obra: «Largo tiempo antes de los nobles esfuerzos del Infante D. Enrique y de la fundación de su Academia de Sagres dirigida por el Piloto y cosmógrafo catalán Maese Jácome de Mallorca, habían sido doblados los cabos Nón y Bojador» <sup>4</sup>.

Ahora bien: de igual suerte que la que se tuvo por una cosa nueva en 1419 habíase realizado por un español en 1346, así también el supuesto descubrimiento de

<sup>1</sup> El P. Cappa: *Colón y los Españoles*.

<sup>2</sup> Obra citada del P. Cappa.

<sup>3</sup> El dato es del mismo P. Cappa: obra citada, pág. 336, nota.

<sup>4</sup> El P. Cappa en la misma parte primera de sus *Estudios críticos*, pág. 334.

América en 986 pudo no ser más que el mismo de las costas africanas investigadas, ya por los portugueses, ya por los catalanes con anterioridad y ya por los escandinavos en tiempos todavía más remotos. De todas suertes, lo que llamaba la atención por entonces eran los descubrimientos de tierras en África sin que se imaginase cosa alguna respecto de América.

Sabido es que el Infante de Portugal D. Enrique, tercer hijo de D. Juan I, regularizó el movimiento de entusiasmo por las exploraciones de África que sentían los hombres de la Península Ibérica en el siglo xv y aun antes; y que estableciendo en Sagres una Escuela de navegación, alentó con su protección y esfuerzo la intrepidez de los marinos portugueses, dignos émulos de los emprendedores catalanes.

En 1419 se habían descubierto las islas de la Madera y otras, y sucesivamente los navegantes cada vez más atrevidos realizaron el terrible paso de la zona tórrida, llegando hasta el grado 37° de latitud del hemisferio opuesto á nuestra Península.

Bartolomé Díaz reconoció el cabo que sirve de término á África por el Mediodía, al cual denominó de las *Tormentas*, y después Juan II le dió el nombre de *Buena Esperanza*; aunque aquél no pudo seguir porque la tripulación que llevaba se negó á continuar el viaje.

Diez años después, el 8 de Julio de 1497, zarpó de Lisboa el audaz navegante Vasco de Gama; dobló el cabo de Buena Esperanza; tocó en la costa oriental de África, y el 20 de Mayo de 1498 fondeó delante de la gran ciudad de *Calicut*, ó sea Calcuta.

¡Hechos heroicos dignos de ser cantados por la inspirada musa de Luis de Camöens!

Pero con toda seguridad puede afirmarse que ninguno de aquellos tan intrépidos marinos vislumbró la tierra descubierta por Cristóbal Colón á la cabeza de un puñado de valientes españoles y fervorosos católicos, bajo los maternales auspicios de la magnánima Isabel.

#### IV

##### DATOS CIENTÍFICOS

No entra en mi propósito hablar de la célebre anécdota del *huevo de Colón*, que todo el mundo conoce; ni de los supuestos errores por este grande hombre cometidos, de los cuales algún escritor dice lo que de la culpa de Adán expresó un Santo Padre: ¡Oh dichoso error!, como si se exclamase: ¡Oh dichosa culpa!; ni finalmente, de la pretendida oposición que tuvo el insigne navegante por parte de la Universidad de Salamanca; de cuya fábula pueril, tan ofensiva para aquella *Alma Máter* de la ciencia patria, se hacen eco ciertos autores, quienes supongo yo que no se fundarán en la ridícula invención del artista francés que pintó un cuadro, infelizmente y

con vilipendio, como diría Cervantes, copiado por un español; del cual escribe, con tanto tino como gracejo, el doctor D. Vicente de la Fuente: «Un pintor francés llamado Mr. Colin ha representado ésto—la soñada repulsa de los catedráticos de Salamanca—en un cuadro disparatado, sin conocimiento de trajes ni costumbres, en que se ve á Colón ante el claustro presidido por cinco obispos vestidos de pontifical—*risum teneatis!*—y unos que quieren ser frailes ó doctores. Uno de los frailes se lleva el dedo á la frente en actitud de decir á otro que Colón está tocado de la cabeza. El tal cuadro reproducido en España, es un desatino completo; y lo que se dice del dictamen del claustro de Salamanca, un despropósito»<sup>1</sup>.

Voy á ceñirme á los verdaderos datos científicos de que hace mención el respetable P. Cappa.

En el segundo de los *Apéndices* á la primera parte de sus *Estudios críticos* dice que conviene examinar detenidamente las causas que determinaron á Colón; y es el documento de mayor antigüedad la Sagrada Escritura, que en más de un lugar habla de la tierra de Ophir, á la que navegaron las flotas de Salomón é Hiram. Las circunstancias de emplear tres años en el viaje y haber tocado en Tharsis—costa Sur de la España en el Atlántico—y la de traer á su regreso producciones, minerales y animales propios del continente americano, han dado lugar á que algunos afirmen ser éste el aludido en el segundo *Libro de los Paralipómenos*, capítulos VIII y IX y otros lugares. El mismo Colón escribía desde la Española á Isabel la Católica, que las tierras descubiertas en su tercer viaje eran las de Ophir. En el cuarto y último, cuando con más detención exploraba las costas de Veragua, creyó que las minas de este país eran las del Áureo-Chersoneso que, en sentir del historiador Josefo, fué de donde Salomón llevó gran cantidad de oro para la construcción del templo<sup>2</sup>. El Áureo-Chersoneso, en opinión de Josefo, no es otro que la región de Ophir<sup>3</sup>.

Séneca, filósofo español, en el *Prefacio* al libro I de sus *Quaestiones naturales*, que en gran parte tomó de los *Meteorológicos* de Aristóteles, exponiendo la innata tendencia del hombre á la sabiduría, después de decir *curiosus spectator excutit singula, et quaerit*, pregunta, en consonancia con lo dicho: *Quantum enim est, quod ab ultimis littoribus Hispaniae usque ad Indos jacet*. La respuesta es más notable, si cabe: *Paucissimorum dierum spatium si navem suis ventus implevit*.

Y en su *Medea*—una de las nueve tragedias que se le atribuyen—expone clara y terminantemente la existencia de un Nuevo Mundo, que los siglos futuros descubrirían:

*Venient annis saecula seris,  
Quibus Oceanus vincula rerum  
Laxet, Novosque Typhis detegat Orbes  
Atque ingens pateat tellus  
Nec sit terris ultime Thule.*

<sup>1</sup> *Historia eclesiástica de España*: tomo III, pág. 35, nota.

<sup>2</sup> Washington Irving.

<sup>3</sup> Cf. Calmet. *Dict. scrip.*

Es de advertir, que en la *Historia del tercer viaje de Colón* se lee á saber: «El Aristotel dice, que este mundo es pequeño, y es el agua muy poca, y fácilmente se puede pasar de España á las Indias; y esto lo confirma el Avenruyz...» etc.

Pasemos á otro terreno.

## VI

### CONSIDERACIONES ETNOGRÁFICAS

En un libro impreso en Venecia el año 1477—conocido probablemente por Colón, tan minucioso observador y tan dado al estudio como era—había noticias abundantes que le debieron confirmar en su idea de ir á las Indias por Occidente. Ese libro tenía por autor al Pontífice Pío II, el cual recogió las sentencias de los geógrafos antiguos, que todos eran de opinión de que el *Mar Índico* se extendía sin limitación alguna al Sur y al Este, hasta confundir sus aguas con las del Océano. *Omneis enim quos offendimus de situ orbis scribenteis, Mare Indicum ad austrum et Orientem sine terminis ponunt, et pareem Oceani esse volunt*<sup>1</sup>.

El beato Lulio, en su ya citado libro quodlibético *Quaestiones per artem demonstrativam solubiles*, total de 206, en la 154 propone esta dificultad. «Qua natura Mare Angliae fuat et refluat.» Y para explicarla, traduciendo su latín al romance castellano, dice de este modo: «La causa principal del flujo y reflujo del Mar Grande, ó de Inglaterra, es el arco de agua que en el Poniente estriba en una tierra opuesta á las costas de Inglaterra, Francia, España, y toda la confinante de África, en las cuales se ven ese flujo y reflujo; porque el arco que forma el agua, como cuerpo esférico, es necesario que tenga opuestos estribos en que se apoye; pues de otro modo no pudiera sostenerse: por consecuencia, así como por esta parte estriba en nuestro continente, que vemos y conocemos, así también por la parte opuesta ó de Poniente estriba en otro continente que de acá no vemos ni conocemos; pero la verdadera filosofía, que sabe y observa por los sentidos la esfericidad del agua, y su medido flujo y reflujo, el cual necesariamente pide dos opuestas vallas que contengan el agua movediza y sean como pedestales de su arco, infiere que en la parte que es occidental hay un continente que sirve de tope al agua, así como le tiene por nuestra parte oriental.

Por este razonamiento deducía Raimundo Lulio, como ya expuse, que al Occidente nuestro había un continente que se prolongaba á todo lo largo de África y Europa.

Prosigamos. El P. Cappa afirma que el beato Lulio dejó en Génova en poder de un amigo suyo muchos de sus libros; de los cuales pudo sacar Colón, ú otro versado en ellos, la idea que tan tenazmente se fijó en el entendimiento de aquél. Y na-

<sup>1</sup> P. Cappa, apéndice II á *Colón y los Españoles*.



vegando el P. jesuíta en las aguas libres de su fecunda imaginación dice asimismo: «Puede ser que la casa de Colón fuese aquella donde el beato Lulio dejó sus obras; de las antiguas memorias é historias de Mallorca consta que Esteban Colón, genovés, que se hallaba en Buxia cuando aquél fué martirizado por los moros, pidió al Rey su cuerpo y lo tomó con intención de llevárselo á Génova, por ser muy conocido suyo... Esto indica el particular apego de Cristóbal Colón, y acaso por eso quedaron en su casa afecto y devoción á Lulio; lo cual, junto con la verosímil posesión de sus libros, hace muy conforme á razón que Cristóbal se inclinase á sus escritos y opiniones.»

Es, pues, cierto que el beato Lulio fué el primero que por sus filosóficas observaciones conoció y dejó consignado clara y terminantemente que á nuestra parte occidental había un gran continente de tierra, por el cual se mantenía el flujo y reflujo del *Mar Grande* con las costas de nuestro hemisferio; y que, además, es muy verosímil que de sus libros se tomase la noticia, de la cual convencido Cristóbal Colón, tuvo éste fe bastante y suficiente constancia para ejecutar la aventurada empresa de lanzarse á descubrir, por aguas desconocidas, aquella tierra que su inteligencia le demostraba existir en la dirección que se había indicado por Raimundo Lulio.

## VI

### RAZONES FILOSÓFICAS

Uno de los principales errores imputados á Cristóbal Colón, ó sea el de pretender hallar en Occidente la India—no obstante que se tiene por averiguado que únicamente se propuso buscar por aquella parte un camino ó derrotero más corto para llegar á las Indias orientales—no es, en realidad, tan grande ni tan insostenible como algunos pretenden; pues las sabias investigaciones etnográficas, y aun lingüísticas de los eminentes escritores Robertson, Herder, Blumenbach y Humboldt, han abierto horizontes que no se conocían y con arreglo á los cuales puede establecerse lo que el tantas veces citado P. Cappa manifiesta en el *Apéndice X* de la *Segunda parte* de sus *Estudios críticos*.

He aquí la síntesis fiel de dicho *Apéndice*: «La comparación entre las *Antigüedades de los Yucas*, que ha publicado Castelnau, con las de Egipto, hace pensar en una misma raza: idénticos son los tipos de los personajes; idénticos los *caballitos de totora* hasta hoy empleados en la costa peruana del Norte; idénticas las balsas con que al presente se navega en el lago de *Titicaca*; y hay también cierto aire egipcio en las ruinas de Huánuco el Viejo y otras muchas esparcidas por toda la sierra, en las ideas acerca de la vida futura, en las momias y en gran número de instituciones.»

«Se ha pretendido igualmente —continúa más adelante— hallar el origen de los

indios en los romanos, griegos, germanos, escandinavos y otras naciones europeas. En verdad, no es dudoso que desde el siglo x tuvieran los noruegos florecientes colonias al Norte de los Estados Unidos, y es fácil encontrar voces y usos parecidos entre los antiguos habitantes de Europa y de América. »

Las huellas de la emigración se pierden mucho antes del golfo de Méjico; pero las semejanzas entre los habitantes de Europa y América se conciben sin dificultad recordando que ambos países recibieron razas diversas, emparentadas con las del Indostán. Bajo este concepto se ha observado, con razón, que si Colón cometió un error geográfico denominando *indios* á los habitantes del Nuevo Mundo, como si lo fuesen de las conocidas Indias orientales, realmente estaba más cerca de la verdad de lo que á primera vista parece.

Vamos á dar, en corroboración de este concepto, dos razones tomadas del indicado *Apéndice*, las cuales coinciden en la demostración que perseguimos aunque son de muy distinta naturaleza.

Guillermo Humboldt llama la atención sobre las notables semejanzas existentes entre el euscalduna y las lenguas americanas; las cuales resaltan, ya en el sonido y significación de las voces, ya en la estructura gramatical, que han movido á varios filólogos modernos á considerar como pertenecientes á una misma familia unos y otros idiomas. En opinión del P. Cappa, más bien que una filiación directa, el mayor número de analogías está revelando una grande antigüedad, y por consiguiente la aproximación al tronco común lingüístico.

De otro lado, los indios de América y de Asia presentan muchos vínculos de fraternidad: por su aspecto, se les tendría por hijos de una misma raza; y en el fondo moral hay sorprendentes analogías: su espíritu es decididamente oriental; sus viudas se sepultaban con sus maridos, como las del Indostán; algunos de ellos creían en la transmigración de las almas, y tenían otros dogmas comunes. Había también mucho parecido en su organización social; y volviendo al dato lingüístico, los principales idiomas del Perú son muy afines del sánscrito, según observan Fidel López y otros filólogos.

Nadie ignora hoy en día, que del Indostán salieron numerosas emigraciones, por efecto de sus guerras políticas y religiosas; cuya presencia se descubre aún en las más apartadas islas de la Oceania.

Para concluir estas consideraciones, oigamos al sabio Monseñor Gaumme en su *Historia de la sociedad doméstica*; el cual tratando de la semejanza de todos los pueblos no europeos, habla de las tradiciones idénticas á las de los descendientes de Sem y de Cham, respecto de que habían de ser sojuzgados por los de Japhet: tradiciones que lo mismo se encuentran en la América del Sur, que en el imperio incásico, en el de Motezuma, en el África y la Oceania <sup>1</sup>. Señala del propio modo los caracteres de aquella sociedad, en la época del descubrimiento del Nuevo Mundo; á saber: el despotismo y la sensualidad, así entre los *indios* de la parte oriental del

<sup>1</sup> *Historia de la sociedad doméstica*: Parte III, cap. II.

Perú, como entre los *guagiros* del Brasil y los *abipones*, *enacagas*, *lingúas*, y los otros moradores del Paraguay <sup>1</sup>, y se pueden citar como remate de sus profundos razonamientos, estas hermosas palabras: «Mientras que Europa, rica en gracia y en luz, avanzaba de un modo regular hacia el término señalado por el Cristianismo á la humanidad, había allá á la otra parte de los mares innumerables gentes que, no habiendo visto lucir el *Sol de Justicia*, yacían envueltas en las espesas nubes de la barbarie y de la muerte. En ellas, la familia se presenta como la hemos visto en Roma en el siglo de Augusto: degradada por el despotismo y la sensualidad. Descúbrese, por fin, el Nuevo Mundo; parece que la Providencia lo tenía guardado para dar á los pueblos de Europa una doble lección: «Mirad, les dice, revelándoles esa horrible degradación de la naturaleza humana; ved aquí lo que fuisteis, hijos de los francos, los godos y los sajones; si no lo sois aun, dad gracias al Cristianismo; porque sin éste, lo seríais todavía.»

«¿Qué más propio que ese elocuente espectáculo para despertar en el corazón de la vieja Europa un vivo y profundo sentimiento de gratitud por su antigua fe, principio de nuestra gloria y nuestra fuerza?» <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> *Historia de la sociedad doméstica*: Parte III, cap. II.

<sup>2</sup> Obra citada: Parte III, cap. I.